

Entrevista a Leonor Arfuch:

“Abrir la escucha, en su sentido más profundo, como hospitalidad hacia el otro...”

Para lxs lectores de Leonor Arfuch, habituados a un trabajo singular que la crítica lleva a cabo en cada una de sus intervenciones, la aparición de un nuevo libro, en este caso *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política* (2018, Eduvim) posibilita atravesar de nuevo una experiencia que nos conecta a un modo de trabajo singular, un tono, una forma de mirar/leer marcada por la capacidad de afectarnos, en el sentido de interpelarnos y conmovernos.

Precursora del campo de los estudios sobre narrativas biográficas, memorias colectivas y subjetividades, sus escritos son una referencia ineludible a la hora de pensar en los vínculos entre discurso y vida -analizando objetos en diferentes soportes- y sobre todo para indagar en ese límite poroso y complejo entre memoria individual y memoria colectiva. Entre sus numerosas publicaciones podemos mencionar *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* (2002, FCE), *Crítica cultural entre política y poética* (2008, FCE), *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites* (2013, FCE) *Identidades, sujetos y subjetividades* (compiladora, 2002, Prometeo), *Pensar este tiempo: Espacios, afectos, pertenencias* (compiladora, 2005, Paidós y 2016, Prometeo) entre muchas otras.

Leonor Arfuch fue invitada a presentar el primer número de la *Revista Heterotopías*, en el mes de agosto de 2018, en el marco de una Universidad que no comenzó regularmente su semestre por reivindicaciones laborales de sus docentes y estudiantes. La presentación pauta en un primer momento devino clase pública. Allí tuvimos oportunidad de dialogar con ella, docentes, no docentes y estudiantes, y luego esa conversación se extendió bajo el formato de una entrevista -género que también fue objeto de sus indagaciones- que ahora compartimos.

- A lo largo de los ensayos presentes en *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política* que reúne sus trabajos de los últimos años, lxs lectores detectamos un modo singular de interrogar atravesado por una disposición afectiva hacia la

escucha. ¿Podría contarnos cuál es ese proceso, cómo elige sus objetos de trabajo y cómo vuelve a ellos atendiendo a sus latencias y pervivencias?

Es un largo proceso, que en realidad involucra la vida entera. Comenzó quizá por un ser nómada, que me llevó de una carrera de Letras recién terminada, bajo la dictadura, a un definido interés por los discursos sociales y el psicoanálisis, que, en articulación con la teoría literaria, la semiótica, la filosofía del lenguaje y las ciencias sociales en general me orientaron hacia el análisis del discurso, en la perspectiva pionera de la llamada “Escuela Francesa”, que ponía el acento en las modalidades de la enunciación, las relaciones de poder y los lugares respectivos de la interlocución. Así analicé la campaña electoral de 1983 en las voces de Alfonsín y Luder, y más tarde el histórico Juicio a las ex juntas militares de la dictadura (1985), tal como fue construido en los 3 diarios más importantes de circulación nacional (*Clarín*, *La Nación* y *La Razón*, entonces matutino). Más tarde vino, traída por el estudio de la entrevista como género discursivo -en los medios, la crítica literaria, las ciencias sociales-, la preocupación por la construcción de subjetividades y el registro de lo afectivo, que aparecía como prioritario más allá de las figuras involucradas y del tema en cuestión. Y mi interés por lo auto/biográfico -pregunta que me hizo una vez al final de una conferencia mi colega Jorge Ruffinelli, de Stanford, con un guiño de complicidad- derivó justamente de ese estudio -más allá de las “razones” elusivas del inconsciente-, y de ver la expansión del yo en todas sus variantes como un registro predominante de la subjetividad contemporánea. Y esto sucedía en los '90, bien antes de las redes sociales. Y fue quizá esa articulación entre discurso, subjetividad y afecto lo que me llevó tempranamente a un compromiso ético, estético y político con el tema de la memoria en la Argentina, con su importancia y su dificultad, y el cuidado y la delicadeza -en términos de Roland Barthes- que supone. La escucha, en relación al testimonio, la auto/biografía, los relatos de vida, las diversas formas del arte y la autoficción -un género creciente en nuestro tiempo-, se transformó así en un registro sensible tan importante como el rigor teórico.

Y en relación a los objetos de estudio, me interesó analizar en este libro lo que llamé “el tiempo de los hijos”, a través de sus obras literarias o artísticas: el momento en el cual se interrogan sobre la figura de sus padres, desaparecidos o exiliados, y más tarde sobre su propia infancia en dictadura. Pero también volver sobre ciertos géneros, como la biografía, que revela una pasión que no se aquieta entre biógrafos,

biografiados y lectores -y que se ha transformado casi en estrategia de campaña para los políticos-. Y como no podía ser de otra manera, está presente la vieja relación entre arte y vida -sin asomo de correlación estricta entre ambos- o más bien, *de la vida en el arte*, tal como se expresa en innumerables formas de las prácticas artísticas contemporáneas.

- La noción de *espacio biográfico* ha sido clave para pensar la heterogeneidad de los modos en que los sujetos narran sus experiencias vitales y es una categoría que permanece abierta a cambios y transformaciones. ¿Cómo pensar la dislocación que la teletecnología opera sobre nuestras formas de contarnos en el espacio de las redes sociales?

Ese es un tema complejo, que yo no he estudiado en particular, pero no puedo menos que ver reconfirmadas ciertas hipótesis que me formulaba al trabajar sobre el concepto mismo de *espacio biográfico*. Por un lado, una mostración insistente del yo en los más diversos registros -mediáticos, artísticos, literarios, políticos, académicos, intelectuales- que parecían desdecir la famosa “muerte del autor” de Barthes; por el otro, una creciente soledad y aislamiento como vivencia compartida en las grandes ciudades, el individualismo, la uniformidad de las vidas que no parecían encontrar más objetivo que el consumo y la supervivencia, alejados cada vez más, por las crisis, los deseos de realización personal en el marco de lo colectivo. Filósofos y sociólogos se ocuparon de eso desde fines de los '70, con énfasis en el plano político, quizá en consonancia con el ocaso de los “grandes relatos” y la pérdida de los sentidos de comunidad: la visión crítica de Sennett lo definía como una caída en el narcisismo en desmedro de la cultura pública, la de Habermas ponía el acento en el triunfo de la personalidad y la vida privada del candidato en detrimento de lo programático y lo ideológico.

Más allá de la afirmación de Paul Ricoeur de que “Contamos historias porque finalmente las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas”, algo de esas tensiones hay quizá en la necesidad de narrarse día a día -todos transformados en enfáticos autobiógrafos, dejando retazos de la vida, real o imaginada, en redes inasibles e insondables- pero también, desde aquel tiempo, esas manifestaciones del

yo alentaban luchas por el reconocimiento, las políticas de identidad, la afirmación ontológica de las diferencias y la expresión de nuevas identificaciones e identidades. Y hoy las redes sociales, pese a la dislocación de las tecnologías, también crean nuevas formas de sociabilidad y organización, identificaciones y tramas de lo común, alentando una conversación grupal que difícilmente se daría de otro modo. Y sabemos de los amigos lo que quizá no sabríamos por las formas tradicionales, aunque extrañemos -yo, por lo menos- el tiempo de hablar por teléfono o programar encuentros, envueltos como estamos en la premura sin fin del día a día. Es una cuestión netamente derrideana: “ni” “ni”, algo que puede ser pensado tanto de una manera como de otra, que no podemos retrotraer porque así gira el mundo pero que sí podemos analizar en una perspectiva crítica.

Lo que creo que merece una atención especial por parte de los que analizan las redes sociales es la primacía del uso de Twitter como discurso político, que ofrece la reacción inmediata ante todo lo que pasa -la emoción al desnudo, parecería-, lejos de toda argumentación, análisis o contextualización. Tal vez un nuevo registro, inquietante, del “giro afectivo”.

- En el marco de ese “giro afectivo” que se revela como una preocupación actual que permea las ciencias sociales, ¿cuáles son las posibilidades que abre a la hora de leer aquellos acontecimientos que activan emociones reactivas y violentas -como por ejemplo, el odio en las últimas elecciones de Brasil-?

Ahí tenemos justamente un ejemplo lamentable del “triumfo” de las redes sociales en cuanto a la movilización popular y la construcción de sentidos comunes a partir del enfrentamiento y la violencia hacia el otro. El concepto de “giro afectivo” se fue gestando en los 2000, sobre todo en el medio académico anglosajón, para dar cuenta de fenómenos que se advertían en el plano de lo social y lo político y que resistían las interpretaciones convencionales. Algunos de ellos, como la exaltación del yo, la intimidad pública y la expresión mediática de las emociones habían inspirado mi propio concepto de “espacio biográfico”. En el capítulo que abre el libro intenté dar cuenta, sintéticamente, de ese “giro”, que involucra tanto a la neurobiología como a la filosofía, y que redundante, según algunas concepciones, en la primacía de afectos y emociones como previos a toda conciencia e intencionalidad -concepción hábilmente utilizada en ciertas campañas políticas- y que implica el riesgo de poner entre paréntesis el rol de

las ideas, el discurso, la argumentación y en definitiva, la ideología. Pero en el mismo campo otras perspectivas críticas señalan la importancia de afectos y emociones en cuanto al análisis cultural, social y político, sin desmedro de lo racional y argumentativo. De modo que ante escenarios de gran complejidad como el de Brasil - esa explosión de las “pasiones tristes” según Spinoza- estas últimas perspectivas, a las que también hago referencia en el capítulo, pueden resultar sumamente útiles.

- En conexión con la pregunta anterior y desde la interpelación a “pensar este tiempo”, ¿cómo imaginar la continuidad del trabajo sobre las memorias colectivas en un futuro no tan lejano, teniendo en cuenta los intentos de algunos sectores del poder, en el presente, por desestabilizar las políticas públicas de Memoria, Verdad, Justicia que se fueron construyendo hace décadas. En este escenario que aparece de algún modo amenazado, cómo situar/pensar las posibilidades de intervención de la crítica cultural.

Por naturaleza, en el tema de la memoria nunca puede darse todo por ganado. Por más que haya épocas que favorezcan el avance de una concepción firme de derechos humanos, y logre acuñarse en el seno de la sociedad una distinción sustantiva entre el terrorismo de Estado y los crímenes de lesa humanidad frente a otras formas de violencia política -tal como ha acontecido en la última década- esos sentidos requieren de una reafirmación constante, tanto de la justicia como de los organismos concernidos, de los partidos políticos, de los medios de comunicación y de la sociedad en su conjunto, como salvaguarda frente a eventuales cambios de rumbo a nivel gubernamental. Una especie de estado de alerta, que favorezca la reacción inmediata, como lo fue la enorme movilización contra el 2x1, que la misma Corte acaba de revocar.

Pero también por naturaleza es un tema altamente conflictivo, que en verdad hay que enunciar más bien en plural: *memorias*. Porque hay singularidades y diferencias, aún entre los que se alinean “del mismo lado” y también están los que reclaman, en equivalencia, otras memorias, como las de las víctimas de la violencia guerrillera de los años ‘70. Y hay quienes, sin hacer la equiparación entre ambas violencias, discuten las políticas de Memoria, Verdad y Justicia frente a otros modelos de justicia transicional, como el de las Comisiones de la Verdad en Sudáfrica.

Territorio polémico, donde quizá la mayor línea distintiva la trazó justamente el repudio de millones de personas ante el 2x1. Pero al mismo tiempo un campo apasionante

para el trabajo de la crítica cultural, tanto sobre las narrativas de la memoria -que nunca tendrán fin- como en el terreno ético y político de la argumentación, el debate y la confrontación de ideas.

Y en ese trabajo futuro -que tampoco tendrá fin- la escucha juega un papel fundamental. La apertura a nuevas voces que surgen en el espacio público, trayendo experiencias y visiones que nos eran ajenas, desconocidas. Las voces de hijos e hijas de genocidas nucleados en el colectivo “Historias desobedientes”, por ejemplo. Que rechazan y condenan el accionar de sus padres y se asumen públicamente como sujetos éticos. Con sus diferencias y sus tensiones, la diversidad de sus historias y sus proyectos de vida. Pero unidos en una posición clara en defensa de los derechos humanos y de las políticas de Memoria, Verdad y Justicia. Para ellos también llegó “el tiempo de los hijos”. Y nosotros, desde nuestros lugares en el mapa variopinto de la crítica cultural, tenemos que abrir la escucha, en su sentido más profundo, como hospitalidad hacia el otro. Y así se irán tejiendo los futuros de la memoria.

Fecha de recepción: 15 de noviembre de 2018

Fecha de aceptación: 30 noviembre de 2018

Licencia



Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa): No se

permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

